



Por Ricardo Rodríguez Asensio

TURBAY

No por primera vez se controvierte
Su conducta formal de funcionario,
La canalla se ensaña casi a diario
Para dañar su imagen y su suerte,

Por fortuna el pasado es limpio y fuerte;
Acostumbrado a ser, no victimario,
Sino amigo leal de nuestro erario,
Pesada cruz que carga hasta la muerte.

¿Cuál será el garabato de Turbay
Cuyo prestigio envidia Dinamarca?
Sin duda su virtud estriba en lo ético.

Si me acusan de ser peripatético
Diré como razón que esa es su marca
Y el sello original es Tarabay.

DESHUAZADEROS DEMOCRÁTICOS

Reassume el paladín de la derecha la jefatura con una variante estratégica. Desconceptuar la acción del gobierno para revalidar la tesis de la represión a ultranza. Salvo las chequeras compradoras de silencios, reciprocidades y alianzas, el escenario semeja ser el del autoritarismo fenecido. Con cara de 'yo no he sido', rodeado de los ex funcionarios supérstites de las acciones judiciales y disciplinarias; con estudiada malevolencia, pretende erigirse como el protector que reaparece para asumir el salvamento de la tribu en desgracia. Durante miles de horas, la logorrea mediática fatigó los oídos y la paciencia de un país desinformado, presa fácil de la manipulación que le hizo vivir el paroxismo de la extirpación de la violencia. El efecto buscado es contrastar los hechos recientes, de común ocurrencia en nuestra historia, con el supuesto paraíso perdido de una seguridad ilusoria.

Cada capturado o muerto por acción oficial era un jefe guerrillero de columna o de frente, de anillo de seguridad o de finanzas. Escaseaban, sí, los datos sobre homólogos resultados contra los paramilitares, cuyo crecimiento exponencial no concitó esfuerzos materiales y de

inteligencia parecidos. Si hasta el número de secuestrados se falsificó para mostrar su paulatina reducción. De pronto, luego de ingentes y numerosos contactos, a cargo de Luis Carlos Restrepo y Sabas Pretelt, se produjeron los acuerdos de Ralito y se expidieron normas cuya grosera laxitud fue restringida sin reato por la Corte Constitucional. Vino luego el peregrinar que terminó en extradiciones selectivas, sin que los fementidos propósitos de obtener la verdad pudieran concretarse. No hemos conocido revelaciones sobre jefaturas políticas y de finanzas, salvo aquellas esporádicas que como la de alias 'Mellizo' conoció hoy el país (31 de enero), estupefacto, por medio de la W, mal que le pese a Alberto Casas.

¿Puede creerse, o confiarse, en la realidad de las estadísticas sobre bajas durante el conflicto? Es ya casi un lugar común decir que si se consolidaran los números sobre capturados, muertos y desmovilizados de las fuerzas armadas irregulares que han librado el conflicto, la conclusión sería que en Colombia hemos vivido una auténtica guerra civil. Son apenas treinta mil, muy bien contados, los paramilitares que de manera aparente quedaron sin jefes, armas y programas de trabajo. Y si existen tan pocas condenas; si la reinserción a la vida civil no ha prosperado, fuerza es decir que en el mejor de los casos podríamos pensar que estamos ante un ejército irregular en receso. Por otra parte la guerrilla, descaecida por obra de las armas del Estado, y aun por la naturaleza, mantiene actividad y su fuerza real es de difícil determinación. ¿Puede afirmarse con razón que el balance recibido por el gobierno de Santos es satisfactorio?